

tos, antes se deben tener por gracias que por desdichas.— Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas.— Nunca fui desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote.— No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca.— ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque.— Sí es, respondió Don Quijote.— Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo menos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.— Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun.... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole:—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á esos señores amos nuestros que se den de las astas, contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado.— Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.



## CAPÍTULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

**D**IVIDIDOS estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho:—Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres.—Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque ¿quién mas calor y mas frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay, que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.—Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio: porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso Gobierno de qualque ínsula, ó con un Condado de buen parecer.—Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.—Yo, dijo el del Bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo.—Y que tal debe ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced, caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser Arzobispo; pero él no quiso sino ser Emperador, y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por



ella, porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.—Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de persamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria, que los que profesamos esta maldita servidumbre, nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves, como si dijésemos cazando ó pescando, que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rocín y un par de galgos, y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea?—A mí no me falta nada deso, respondió Sancho, verdad es que no tengo rocín; pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento: pues galgos no me habian de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entonces es la caza mas gustosa, cuando se hace á costa agena.—Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme á mi aldea y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas.—Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre.—¿Y qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque.—Quince años, dos mas á menos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapan.—Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡O hideputa puta, y que rejo debe de tener la bellaca!—A lo que respondió Sancho algo mohino, ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere: y háblese mas comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.—O qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero. Cómo ¿y no sabe que cuando algun caballe-

ro da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, ó hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes.—Si reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa mesma razon podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi muger toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverles á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá, no sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa y echo censos y fundo rentas, y vivo como un príncipe: y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero.—Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: Cuidados agenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos.—¿Y es enamorado por dicha?—Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cojea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas.—No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas: mas acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio.—Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente.—Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de



noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dejarle por mas disparates que haga.—Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de piés y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á menudo, al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo:—Páreceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantándose, volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara: y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo:—¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor?—Pues qué se pensaba, respondió el otro, ¿soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de suelta, y dijo:—Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, párecelo á lo menos; y no como yo mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene y órden que guarda, de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.—Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas, ni á piruétanos, ni á raices de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla, por sí ó por no, y es tan devota mia, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos: y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola puesta á la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza á un

1 Quiere decir: *hombre despreciable, ó de poco mas á menos.*

lado, y dando un gran suspiro, dijo:—¡O hideputa bellaco, y como es católico!— Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habeis alabado este vino llamándole hideputa.—Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonor llamar hijo de puta á nadie, cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, ¿este vino es de Ciudad-Real?—¡Bravo mojon! respondió el del Bosque: en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.—A mí con eso, dijo Sancho, no tomeis menos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento.—No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linage, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañaderas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linage por parte de mi padre los dos mas escelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabia á hierro, el segundo dijo que mas sabia á cordoban. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban: porque vea vuesa merced, si quien viene de esta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.—Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible, y así asidos entrambos de la ya casi vacia bota, con los bocados á medio masear en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.